

RESSENYES

Ignacio García Peña, *La mimesis en los Diálogos de Platón*, Salamanca, Luso-Española de Ediciones, 2008, 204 pp.

¿Puede añadirse aún algo a todo lo que ya se ha dicho hasta ahora sobre el pensamiento platónico? Tal es la cuestión que se plantea, desde el inicio de la Introducción, el autor del presente estudio, Ignacio García Peña. La respuesta es ciertamente afirmativa, y esto básicamente por dos razones. La primera, de índole más general, concierne al hecho de que se trata aquí del pensamiento de un *clásico*, esto es, de uno de aquellos hombres cuya palabra permanece, a través de los siglos, inagotable, como una fuente constante de cuestionamiento y meditación. La segunda razón, de carácter particular, tiene directamente que ver con el asunto de que se trata en este trabajo, a saber, con la *mimesis* misma. En efecto, la gran mayoría de los estudios consagrados hasta aquí al tema de la *mimesis* abordan esta noción desde una perspectiva estética, es decir, desde la esfera de la teoría del arte. Así, la *mimesis* se ve reducida a aquella forma de la producción, *poiêsis*, que caracteriza estrictamente el quehacer de los artistas: escultores, pintores y poetas, acerca de los cuales los comentaristas se complacen en enfatizar el poco aprecio que Platón les tenía, tal como queda de manifiesto en el libro X de la *República*. De esta manera, la cuestión de la *mimesis* en los diálogos de Platón parece quedar zanjada. No obstante, así como la *poiêsis* griega no se agota de ningún modo en el quehacer “poético” –aun cuando la “poesía” es experimentada por los griegos como una manera eminente del producir–, asimismo el horizonte desde el cual se ha de pensar la *mimesis* platónica no se reduce necesariamente al ámbito concreto y específico de la producción artística, esto es, al de la “estética”.¹ Y en esto consiste quizá uno de los méritos más significativos del presente estudio de García Peña, a saber, en haber reconocido con toda claridad que la *mimesis* constituye una noción *clave* y *central* del pensamiento de Platón, la cual atañe por consiguiente a la filosofía platónica *por entero*, y no sólo a su concepción del arte. Así pues, el concepto de *mimesis* se revela en esta obra como un concepto fundamental para el esquema de la “metafísica” platónica, esto es, para la estructura esencial del Todo.

1. Y se podría ir aún más lejos y preguntar: ¿por qué y desde cuándo la cuestión de la producción artística está restringida a la esfera de la “estética”? ¿Es esto acaso evidente? ¿Se ha meditado seriamente en aquello que implica el que se experimente el arte exclusivamente desde la “estética”, esto es, desde la *aisthêsis*, desde la *percepción humana*?

Desde el punto de vista metodológico, este trabajo se presenta como un estudio de índole “hermenéutica”. Esto quiere decir que el autor se enfrenta directamente con los textos platónicos mismos, a fin de exponerlos, comentarlos e interpretarlos siguiendo el hilo conductor de la cuestión de la *mimesis*, pero sin dejar por ello de lado los trabajos precedentes sobre este tema. El estudio se articula así en torno a cinco diálogos que dan lugar a seis capítulos, los cuales abordan el problema de la *mimesis* cada vez según una perspectiva diferente. Primero, se trata del *Crátilo*, en el que la cuestión de la *mimesis* es considerada en vista de la relación entre el lenguaje y la realidad. En segundo lugar, se examinan los libros II y III de la *República*, en los que se trata el problema de la imitación y la educación. En tercer lugar, se aborda la cuestión de las artes miméticas, tal como aparece en el libro X de la *República*. En cuarto lugar, García Peña se adentra en las honduras del *Sofista*, para poner en relación la cuestión de la *mimesis* con el problema de lo falso y del no-ser. Finalmente, y en sexto lugar, a partir del *Timeo*, el autor considera el rol de la *mimesis* en la creación y en la estructura del cosmos. Estos seis capítulos son precedidos por una Introducción y culminan en una Conclusión.

Con respecto a la estructura de este estudio, que hemos presentado sucintamente, se ha de decir que no es ni casual ni arbitraria, sino que obedece, como lo declara el propio autor, a una determinada preconcepción del pensamiento platónico mismo, a saber, a la “perspectiva evolutiva” (p. 10). Según esta perspectiva, la filosofía de Platón no consiste en un sistema cerrado y estático, sino que está en continuo movimiento y revisión, manteniéndose así fiel a las enseñanzas de Sócrates y a su concepción del pensar como búsqueda constante. Por cierto. Sólo que, podríamos preguntar, ¿movimiento y búsqueda implican necesariamente “evolución”, es decir, algo así como un “progreso”? De ninguna manera. Para comenzar a vislumbrarlo sólo tenemos que considerar, por ejemplo, lo que sucede en la esfera del arte. De Sófocles a Shakespeare hay sin duda movimiento y cambio, pero ¿hay por ello también “evolución”? ¿Es acaso una tragedia de Shakespeare más perfecta y acabada, es decir, “mejor” en el aspecto que sea, que una tragedia de Sófocles? Tal es la pregunta que hemos de meditar. Como sea, el estudio de García Peña interpreta los diálogos de Platón como si éstos fueran, de algún modo, “de menos a más”, lo cual no puede dejar de condicionar en cierta medida la manera en que los lee y comenta. Igualmente, empero, se puede discernir en este trabajo una buena actitud, que intenta no caer en los tópicos habituales que enmascaran la filosofía de Platón y que llevan al autor a declararse “opuesto a las etiquetas” (p. 13). Sin embargo, se podrá quizá lamentar que tal declaración de intenciones es a veces poco seguida, en la medida en que ciertos esquemas interpretativos se hallan tan profundamente arraigados en nuestros hábitos que el abandonarlos, o aun sólo el ponerlos en cuestión, exigiría de nosotros un extrañamiento para el cual pocas veces estamos preparados. Así, la interpretación de García Peña sigue

estando guiada no sólo por el “paradigma evolutivo”, sino también, por ejemplo, por la comprensión de la filosofía platónica en el sentido de una “Teoría de las Formas” como “entidades trascendentes e inmutables” (p. 11), o aun por la precomprensión de la filosofía misma como dividida en disciplinas diversas, tales como la “estética”, la “teoría del conocimiento”, la “ética”, la “metafísica”, etc. De todas maneras, el presente estudio de Ignacio García Peña sigue siendo un trabajo serio y riguroso, escrito con claridad y concisión, que contribuirá sin lugar a dudas a que comencemos a medir la hondura y el alcance que entraña la cuestión de la *mimesis* en la filosofía de Platón. Podemos esperar, también, que en los próximos trabajos la rigurosidad de los análisis conllevará un replanteamiento de los esquemas.

Pablo Sandoval Villarroel